Sr. Vicepresidente,

La Comisión Europea, a través de su Presidente, acaba de confirmar con el anuncio del New Deal Verde que la transición de la Unión Europea hacia una sociedad sostenible sería la prioridad de su mandato. Usted es personalmente responsable de esto. Es un gran honor y una responsabilidad aún mayor. Habiendo trabajado en estos temas durante varias décadas, me gustaría compartir con ustedes mi preocupación por este anuncio y las propuestas que creo que son cruciales para el éxito de la ambición.

La idea europea de neutralidad de carbono para 2050 puede dar lugar a graves malentendidos. ¿Se trata de emisiones de CO2 en territorio europeo o de emisiones derivadas del consumo global de los europeos, incluida la energía gris incorporada a la producción, transporte o eliminación de nuestros bienes y servicios producidos fuera del territorio europeo? Esta distinción es, como saben, decisiva. El Consejo Superior Francés para el Cambio Climático, creado por Emmanuel Macron, publicó su primer informe el pasado mes de junio. Ilustra la importancia de la distinción: desde 1995, las emisiones de CO2 relacionadas con las importaciones se han *duplicado*, mientras que las relacionadas con la producción nacional han disminuido sólo un 20%. En resumen, no son los esfuerzos de eficiencia energética los que explican la reducción de las emisiones de CO2 en Europa, sino su desindustrialización y la transferencia de la producción intensiva de energía a otros países. En 2019, según el informe, la huella energética total, es decir, las emisiones de CO2 necesarias para mantener nuestro nivel de vida actual, es de 11 toneladas por persona y año en Francia, mientras que las emisiones en el territorio nacional son de sólo 6,6 toneladas al año. Estas cifras son válidas, mutatis mutandis, para toda Europa. Los esfuerzos para evitar que las actividades industriales intensivas en energía abandonen Europa son bastante hipócritas: en primer lugar, porque la mayoría de ellas ya han abandonado Europa, lo que contribuye a aumentar la proporción de energía gris en el consumo total de energía; y, en segundo lugar, porque el establecimiento de un objetivo neutro en materia de emisiones internas les anima a seguir llevándolas a cabo en lugar de devolverlas a Europa.

Una vez resuelta esta ambigüedad, el New Deal Verde plantea la cuestión de *cómo* alcanzar los ambiciosos objetivos de reducción de nuestras emisiones de gases de efecto invernadero. Empecemos por reconocer que las medidas adoptadas en los últimos 30 años han sido ineficaces. Para convencerse, basta con leer la décima edición del Informe sobre la Brecha de Emisiones del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Actualiza la curva de emisiones de CO2 ya conocida desde hace cincuenta años, confirmando que la correlación entre las emisiones mundiales y el producto interior bruto mundial sigue siendo total: son las crisis económicas las que provocan una ralentización del crecimiento de las emisiones y no las políticas que se han aplicado. Las cifras son crueles, pero las conclusiones son inequívocas.

Año tras año se nos presentan curvas idénticas, variantes modernas del cartel que cuelga en la peluquería: mañana nos afeitamos gratis. Mañana, de repente, veremos una reducción repentina de las emisiones para alcanzar el objetivo de calentamiento global de menos de 2° o incluso menos de 1,5°. Lo único que cambia de año en año es la pendiente de esta curva, que es más pronunciada con el paso del tiempo. *La conclusión es, por supuesto, que los medios aplicados hasta ahora son estrictamente inadecuados.*

¿Y el New Deal europeo? Continúa, hasta donde podemos leer, subordinada al pensamiento económico que ha demostrado ser ineficaz. Revisemos las tres herramientas mencionadas en la presentación del New Deal Verde: un programa de inversiones masivas; el precio del carbono; y el ajuste del carbono en las fronteras, posiblemente vinculado al fortalecimiento del mercado europeo del carbono.

La primera herramienta es un programa de inversión masiva. Los 1 000 millones mencionados son obviamente préstamos y no subvenciones. Sin embargo, para 2019, ya existen 17 billones de inversiones con tasas negativas. Los 1.000.000 millones adicionales, a pesar de la aparente enormidad de la cifra, no cambian los datos financieros fundamentales. Si la escala de estas inversiones a tasas negativas es única en la historia y si todos los esfuerzos de los bancos centrales por ahogar a los bancos comerciales en liquidez son igualmente ineficaces, si no en la creación de burbujas inmobiliarias, es porque no existen proyectos sólidos con una rentabilidad razonable o incluso baja. Esto es particularmente cierto en el caso de los proyectos de eficiencia energética o el desarrollo de la producción de energía renovable. En el caso de Francia, se ha demostrado que, dado el precio de la energía, la inversión en eficiencia energética tiene un período de recuperación extremadamente largo e incluso no se traduce en el precio de venta de la vivienda.

La segunda herramienta es el aumento interno del precio del carbono, posiblemente complementado por un ajuste de carbono en las fronteras para evitar que las actividades de producción se desplacen simplemente fuera de Europa. Como lo han demostrado la crisis del chaleco amarillo en Francia y las revueltas urbanas en muchos países en general, el aumento del precio del carbono es muy mal aceptado por las clases trabajadoras por la sencilla razón de que es socialmente injusto: el "presupuesto de energía fósil" crece con los ingresos de los hogares, pero a un ritmo más lento que éste: la elasticidad es claramente inferior a uno. Además, existe una amplia dispersión de los presupuestos energéticos entre las clases media y media alta, lo que refleja el hecho de que, una vez satisfechas las necesidades básicas, el aumento del consumo está vinculado en gran medida a las opciones de estilo de vida. El precio del carbono equivale, por tanto, a un impuesto muy fuertemente regresivo, que pesa mucho más sobre los pobres que sobre los ricos, lo que lleva a una paradoja: apenas se ha decidido aumentar su precio, ya que es necesario prever al mismo tiempo medidas de compensación que compensen prácticamente su efecto.

El tercer tipo de medida es la ampliación del mercado del carbono, que ahora se limita a las grandes empresas o a unos pocos sectores de la economía, mediante la reducción gradual de los derechos asignados. Este mercado de carbono limitado, cuya complejidad y riesgos de fraude y efectos perversos se han observado, presupone, para garantizar la igualdad de condiciones, ajustes de carbono en las fronteras -BCA-. Es de esperar que, con una sutil dialéctica destinada a convencer a nuestros socios de que no se trata de un impuesto a la importación, consigamos demostrar la compatibilidad de las BCA con las normas generales de la OMC o con las excepciones previstas en el artículo 20 de la misma, pero cabe esperar negociaciones difíciles, amenazas de represalias fiscales para los productos europeos y, en consecuencia, una reducción gradual del alcance de estos ajustes, lo que limitará gravemente sus beneficios.

El énfasis en estos tres tipos de medidas ineficaces o ineficaces proviene de la negativa, cada vez más incomprensible para mí, a mirar la realidad a la cara o, si se quiere, al elefante en la habitación. Las hermosas curvas de inflexión radical de las trayectorias de emisión nos invitan a razonar tan visiblemente como la nariz en el centro de la cara: nos indican el techo de emisiones anuales que no deben superarse a nivel global y la forma en que este techo disminuirá año tras año, lo que claramente significa *el racionamiento global del uso de energía fósil.*

Este racionamiento global debe hacerse entre naciones o grupos geopolíticos, dentro de ellos entre territorios y luego entre hogares. *El racionamiento es infinitamente más eficaz y socialmente justo que cualquier otra medida*. Permite que los esfuerzos de eficiencia energética sean inmediatamente rentables, ya sea para los más eficientes desde el punto de vista energético, vendiendo los excedentes de derechos de emisión a terceros o evitando la necesidad de comprarlos a precios elevados. Entonces, los proyectos de eficiencia energética con rentabilidad garantizada florecerán automáticamente, tanto más previsibles cuanto que sabemos de antemano -basta con mirar la curva de reducción de emisiones- la reducción de los derechos de emisión de un año a otro. Y los enormes flujos de efectivo en busca de una rentabilidad limitada pero segura serán fáciles de movilizar sin necesidad de intervención pública, excepto para ayudar a las comunidades a invertir en infraestructura de transporte. El mercado de derechos de emisión asignados a grandes empresas *parecía* parecerse a este mecanismo, pero los derechos de emisión asignados, aunque sólo fuera porque afectaban a una pequeña parte del sistema de producción, no tenían nada que ver con la cuota global que debía respetarse.

La segunda ventaja obvia de este mecanismo de cuotas generalizadas es que *incorpora automáticamente energía gris* sin plantear la cuestión de la compatibilidad con la OMC ni el riesgo de represalias comerciales de ningún tipo. Sólo puede conducir a la introducción de tales cuotas en otras partes del mundo, que es exactamente el objetivo perseguido. Una objeción clásica a la introducción de tales cuotas es que es difícil establecer una contabilidad consolidada de la energía fósil consumida en todas las etapas de producción y distribución. Este argumento ya no es admisible por varias razones.

En primer lugar, cabe señalar que *este sistema de contabilidad consolidada no es más difícil de establecer que la contabilidad consolidada del valor añadido:* no es porque fuera fácil establecer que se ha creado un impuesto sobre el valor añadido en casi todo el mundo, sino porque, por el contrario, se han establecido mecanismos de contabilidad consolidada, lo mismo se aplicará a las cuotas.

En segundo lugar, la creación de cuotas revela un hecho obvio: la *energía fósil es una moneda por derecho propio:* unidad de cuenta, medios de pago e incluso valor de reserva. La *creación de derechos de emisión equivale a la creación de una moneda electrónica* "emisión por tonelada de CO2", distribuida a todos a principios de año en forma de conversión de derechos de emisión, debitados a medida que se realizan las compras, de modo que los gastos de energía fósil a lo largo de todo el proceso de producción deben ser necesariamente "reembolsados" por los compradores, lo que permite a las empresas y a los servicios públicos seguir operando. Si, en un principio, las demás regiones del mundo, empezando por China, no jugaron al juego de la trazabilidad a través de una contabilidad consolidada del consumo de energía fósil, es fácil determinar la moneda energética necesaria basada en los métodos de producción más intensivos en energía, de la misma manera que los billetes de autopista perdidos llevan a los automovilistas a pagar el precio más alto.

Por último, y ésta es la tercera razón, la combinación de un pago por teléfono móvil generalizado y nuevas técnicas como las cadenas de bloques, cuyo coste energético probablemente disminuirá drásticamente en un futuro próximo, crea *las condiciones técnicas para la trazabilidad*. Contrariamente a quienes creen que los avances tecnológicos resolverán el problema de las emisiones, secuestrando el CO2 o incluso reintroduciéndolo en los ciclos bioquímicos, pero es menos en esta dirección que en la que permitirá una gestión sencilla de la contabilidad consolidada de las emisiones de CO2.

Después de los debates regulares entre economistas sobre las estrategias a implementar, me horroriza literalmente notar que casi todas giran en torno a estas evidencias, teniendo cuidado de no mirarlas a la cara para evocar soluciones que son tan sofisticadas como ineficaces.

Europa, como repiten a voluntad todos los líderes de la Unión Europea, es el mayor mercado unificado del mundo. Hasta ahora, la Unión no ha sabido aprovechar su formidable poder de mercado. Y, sin embargo, le permite tomar la iniciativa unilateral de establecer este mecanismo de cuotas negociables. Será tan disuasivo para todos los países que quieran comerciar con Europa y no estén dispuestos a hacer los mismos esfuerzos en términos de eficiencia energética que este mecanismo de cuotas negociables se extendería rápidamente a todo el mundo. Hace unos años, tuve muchos contactos con China, que incluso sugirió que ya estaban estudiando detenidamente este tipo de solución. A ella misma le interesa que la energía gris se incorpore a los bienes que exporta deducida de su contribución al calentamiento global y sabe que es la única manera de orientar su propio desarrollo hacia territorios sostenibles. Pero es obvio que no será el primero en establecer este sistema de racionamiento. Europa debe hacerlo. Europa puede hacerlo. Tiene la ambición correcta de convertirse en el líder mundial en la lucha contra el calentamiento global. Sólo será por esta audacia económica y política. Atrevido a los ojos de los economistas conformistas. Sentido común para la población europea. El fracaso de la COP de Madrid muestra a todos la necesidad de que Europa actúe.

Esto es lo que quería compartir con ustedes y con el Presidente de la Comisión.

Aprovecho la oportunidad para reiterar a Vuestra Excelencia el testimonio de mi más alta consideración.

Pierre Calame